

víctimas de Magdeburgo. Después de cuatro días de resistencia, solicitaron una capitulación, menos para salvar su propia vida, que para evitar que su ciudad sufriese la horrible suerte de que ellos se creían amenazados. Gustavo-Adolfo, siempre humano y generoso, permitió á la guarnición retirarse al Luxemburgo, y le dió una escolta bastante numerosa para que la protegiese durante su marcha. Un número muy corto se aprovechó de este permiso y el resto se alistó bajo sus banderas. El 13 de Diciembre de 1631 hizo su entrada solemne á la ciudad conquistada y estableció su cuartel general en el palacio del arzobispo. Los habitantes se libraron del saqueo pagando una contribucion de ochenta mil florines; pero el clero católico y los judíos que no se hallaban incluidos en el rescate tuvieron que pagar sumas mayores. El rey dió al canceller Oxenstiern la biblioteca del arzobispo, quien á su vez hizo un regalo con ella al colegio de Westerachs; pero el buque que la trasportaba á Suecia naufragó y el Báltico sepultó en sus abismos este tesoro inapreciable.

Poco ántes de la toma de Maguncia, el landgrave de Hesse Cassel y el rhingrave Oton-Luis, uno de los generales de Gustavo-Adolfo, destrozaron nueve escuadrones españoles que querian reforzar la guarnición de Frankenthal y las otras plazas fuertes de las orillas del Rhin. Los condes de Wetteran, sostenidos por las tropas suecas, habian logrado expulsar á los españoles, los que en breve no poseyeron en este país y en todo el Palatinado mas que á Frankenthal y otras ciudades poco considerables. Landau y Kronweissenburg se declararon terminantemente por los suecos; Spira les propuso mandarles tropas, armas y municiones; Manheim fué tomada, gracias á la presencia de ánimo del jóven duque

Bernardo de Weimar y á la falta de prevision del comandante de la plaza, el cual pagó muy cara su falta, porque fué llevado ante un consejo de guerra imperial en Heidelberg y condenado á ser decapitado.

Los suecos habian continuado la campaña á pesar de la estacion cuyo estremado rigor habia contribuido mucho para las repetidas derrotas de los españoles, poco acostumbrados á semejante clima. Las tropas suecas comenzaban tambien á sentir la necesidad del reposo. El rey les dió por cuarteles de invierno los alrededores de Maguncia, y él se estableció en la ciudad, de la que hizo el centro de las negociaciones que entabló con todos los soberanos de Europa para utilizar de este modo la suspension de armas que las nieves y los hielos habian hecho indispensable. Pero ni estas graves ocupaciones, ni los rigores del invierno le impidieron hacer reparar las fortificaciones de Maguncia, ni mandar construir frente á la ciudad en el recodo que forma el Mein ántes de unirse con el Rhin, una ciudadela que recibió el nombre de Gustavo-Burg, pero que es mas conocida hoy con el de Pfaffenraub que tomó en lo de adelante. Estas construcciones y las preferencias marcadas que tenia por la ciudad de Maguncia, dieron motivo á los soberanos del imperio para acusarlo de manifestar por esta ciudad imperial una inclinacion que estaba poco en armonía con el corto tiempo que debia permanecer en Alemania. Mientras que Gustavo-Adolfo se hacia dueño del Rhin y de las provincias que este rio baña, sus enemigos hacian jugar en Paris y en San German todos los resortes de una política pérfida con la mira de sembrar la desunion entre la Francia y la Suecia, y desgraciadamente, la conducta que seguia justificaba una parte de las acusaciones que hacian pesar sobre él. Después de haber sometido el ar-

zobispado de Wurtzburgo y casi toda la Franconia, estaba en su mano invadir la Baviera y el Austria.

Todo el mundo esperaba verlo tomar este partido que le imponía la humanidad, porque al atacar á Fernando y á Maximiliano en el centro mismo de sus Estados al apoderarse de sus capitales, podía dictar las condiciones de una paz que habría asegurado las libertades civiles y religiosas de la Alemania. Sus partidarios se lisonjeaban al principio de que si daba tiempo de aquella manera á los dos adversarios mas formidables de la reforma para reparar sus derrotas, era porque ante todo quería restablecer al palatino Federico en sus Estados, de los que había sido despojado por la injusticia del emperador y el fanatismo de los católicos; pero perdieron en breve esta esperanza, cuando lo vieron continuar sus conquistas en las orillas del Rin, y negarse á entregar el Palatinado á su soberano legítimo. En vano le recordó la Inglaterra las promesas formales que había hecho con este motivo; no contestó á las representaciones, á las súplicas y aun á las amenazas de esta potencia, sino reprochándole amargamente, el haber permanecido siempre inactivo durante la guerra mientras que había algun peligro que correr, y solo levantar la voz cuando podía hacerlo con toda impunidad. Y como para probarle que le rehusaba el derecho de intervenir en cuestiones en las que ella no se había atrevido á presentarse con las armas en la mano, se dispuso á emprender la conquista de la Lorena y de la Alsacia. Explotando hábilmente esta última circunstancia fué fácil á sus enemigos indisponer al cardenal Richelieu contra un monarca cuyas empresas en las fronteras de la Francia debían causarle alguna inquietud. En efecto, destrozado siempre este país por la guerra civil entre los protestantes y los católicos, ha-

bía motivo para temer que la proximidad de un héroe defensor de la reforma reanimase el fanatismo de las calvinistas. Sin embargo, si el rey de Suecia hubiera sido capaz de traicionar á su aliado el rey de Francia, no habría tenido necesidad para conseguir este resultado de establecerse en las orillas del Rin. Por otra parte, su lealtad bien conocida, hubiera debido bastar para ponerlo á cubierto de semejante sospecha, y á pesar de su desconfianza y de su timidez jamás la habría concebido Luis XIII si no hubiera estado constantemente asediado por las pérfidas maquinaciones del arzobispo de Wurtzburgo, quien permanecía siempre en San German, por los clamores de los jesuitas y por las seguridades políticas del embajador de Baviera.

En breve, todos los católicos, aun los mas moderados y de mas conciencia, creyeron firmemente que Gustavo-Adolfo estaba á punto de penetrar al interior de la Francia para destruir de acuerdo con los calvinistas el culto romano; los fanáticos lo veían ya pasar los Alpes, saquear la Italia y arrancar por la fuerza de su trono sagrado al representante de Cristo. Obligado á ceder ante el clamor general, Richelieu se decidió al fin á dar un paso que debía convencer al partido católico de su fidelidad al culto romano, y probarle al mismo tiempo que el interes personal era lo único que guiaba la conducta de los soberanos eclesiásticos del imperio germánico. Con este objeto prometió á los príncipes de la «Liga» tanto en nombre de la Francia como en el de la Suecia, que les concederian una neutralidad inviolable, si consentían en romper su alianza con el emperador. Esta promesa no podía dejar de tener resultados favorables, porque si los príncipes de la «Liga» la aceptaban, Fernando II se encontraba sin apoyo y por consiguiente la casa de Habsbur-

go estaba perdida sin remedio; y si la rehusaban, la Francia habria dado por lo menos á la Europa una prueba evidente de su celo apostólico, y los príncipes de la «Liga» quedarían cargados en lo de adelante con la responsabilidad de los males que la continuacion de la guerra haría sufrir á la Alemania. Por este medio, el cardenal de Richelieu se desembarazaba también de las importunidades de la Baviera que no cesaba de pedir la cooperacion del gabinete francés. Como ya lo hemos dicho en otra parte, existía desde el principio de la guerra un tratado secreto entre la Francia y la Baviera que garantizaba á esta última la posesion del Palatinado en el caso en que Fernando quisiese privarla de él.

A pesar de la claridad de este tratado que solo daba garantías contra el Austria, Maximiliano quería estenderlas también contra los suecos. La injusticia de esta pretension era notoria, pero la alianza de su soberano con dos monarcas enemigos habia colocado á Richelieu en una situacion tan extraña, que no le quedaba otra alternativa que hacer que estos dos soberanos conservasen una completa neutralidad mientras que la guerra no atacase mas que los intereses del Austria y no los de sus propios Estados.

Encargado de esta negociacion delicada, el marqués de Brezé se dirigió á Maguncia donde se encontraba Gustavo-Adolfo. La experiencia habia probado á este monarca que el odio de los príncipes de la «Liga» contra él y contra el protestantismo era tan invencible, como grande era el afecto que profesaban á la causa del Austria y á la Iglesia romana: su enemistad declarada le parecia por lo mismo una neutralidad equívoca. Por otra parte, la posición que guardaba lo colocaba en la necesidad de sostener la guerra á expensas de los príncipes que defendían al emperador y al

catolicismo; y si disminuía el número de estos sin obligarlos á aliarse con él, disminuían forzosamente sus recursos sin utilidad positiva. Era natural, por lo mismo, que no quisiese conceder á los soberanos de la «Liga» el derecho de neutralidad, sino con las mas duras condiciones. Al exigir ante todo una completa inaccion, les pedía que separasen sus tropas de las del ejército imperial, que evacuasen las plazas fuertes y las provincias que hubiesen conquistado á los protestantes, que licenciasen una parte de sus tropas, que impidiesen á los imperiales permanecer en su territorio ó pasar por él, y por último, que no le proporcionasen dinero, víveres ni municiones.

Para facilitar las negociaciones, que los franceses se lisonjaban de llevar á buen término, no obstante las dificultades que presentaban, Gustavo-Adolfo concedió á los católicos una tregua de quince dias. Durante este tiempo, el marqués de Brezé no cesó de asegurarle que todo iba á terminar á medida de sus deseos: pero una carta de Maximiliano dirigida al general Pappenheim, que cayó en sus manos, le probó que el elector solo habia fingido escuchar las proposiciones de la Francia y de la Suecia con el único objeto de concluir sus preparativos de defensa. Así fué como Richelieu se vió obligado á abandonar su proyecto de neutralidad, que no habia servido sino para aumentar la irritacion y el odio de los partidos enemigos. Las ventajas que diariamente adquiría Tilly, llamaban al rey de Suecia á Franconia; pero antes de dirigirse á aquel punto quiso expulsar á los españoles de las orillas del Rin, y ponerlos en la imposibilidad de trastornar las provincias que habia ido á pacificar. Para apresurar la realizacion de este plan, propuso á Felipe Zeltern, arzobispo elector de Treveris, tratarlo como potencia neutral si

consentia en recibir en Hermanstein una guarnición sueca, y dejar pasar á su ejército por Coblenz. El elector hacia ya mucho tiempo que veía sus Estados en poder de los españoles, pero su protección equívoca le parecía preferible á la de un hereje. Sin embargo, como era demasiado débil para pensar en defenderse, buscó un refugio bajo las alas poderosas de la Francia, y Richelieu se aprovechó de este incidente para asegurarse de un aliado que le fuese adicto en las fronteras de Alemania. Un ejército francés debía, en consecuencia, ir á ocupar el territorio de Treveris. Pero esta ocupación no realizó de ningún modo las esperanzas del arzobispo, porque hirió la susceptibilidad de Gustavo-Adolfo, quien le exigió y obtuvo ventajas iguales á las que habia concedido á la Francia.

Durante estos debates diplomáticos, los generales suecos expulsaron del arzobispado de Maguncia las pocas tropas españolas que aun permanecían allí, y el rey en persona terminó la conquista del electorado con la toma de Kreuznach. Mirando que no le quedaba mas que conservar las brillantes conquistas que habia hecho en el Rhin, confió este cuidado al canciller Oxenstiern, y él partió con su ejército para la Franconia.

El general Horn habia permanecido en este país con ocho mil hombres y se habia sostenido á pesar de los esfuerzos que habia hecho Tilly para hacerlo salir de él. El territorio del obispado de Bamberg fué sobre todo el objeto y el teatro de la lucha de estos dos generales. Las apremiantes quejas del obispo desposeído habian decidido al fin al elector de Baviera á permitir á Tilly el tomar la ofensiva, é inmediatamente avanzó éste hasta las murallas de Banberg con un cuerpo de veinte mil hombres.

Gustavo Horn se vió obligado á abandonar la ciudad á las avanzadas imperiales, á consecuencia de la inexplicable confusión que de repente se introdujo entre sus soldados, á los que no bastó á ordenar ni su presencia de ánimo ni el valor que desplegó. En medio de aquel frenético desorden abrieron las puertas de la ciudad y tuvo que hacer esfuerzos inauditos para salvar su artillería y sus trenes. Banberg quedó, pues, en poder de los imperiales, pero el general sueco se retiró mas allá del Mein, á donde Tilly no pudo seguirlo. Este era el estado de la Franconia cuando se presentó el rey, y con su sola presencia hizo al anciano generalísimo renunciar á sus planes de conquista para no ocuparse sino de la conservación del ejército que tantos trabajos le habia costado reorganizar.

El ejército sueco, engrosado con las tropas de los generales Horn y Banner, y con las del duque Bernardo de Weimar ascendía á mas de cuarenta mil hombres. Gustavo-Adolfo le pasó revista en Aschaffenburg y en seguida lo condujo al Danubio. La Bohemia y la Baviera eran los puntos que podia invadir, y Maximiliano, persuadido siempre de que no se atreveria á atacar sus Estados, no tomaba ninguna medida decisiva. Por otra parte, era igualmente peligroso para él dejar á su país sin defensa, como el llamar á Tilly, y por consiguiente á los suecos, que indudablemente lo seguirían. Los temores del soberano triunfaron al fin de la prudencia del hombre de Estado, y el generalísimo recibió la orden de ir á defender las fronteras de la Baviera. Entre tanto el rey de Suecia habia llegado á Nürenberg, donde fué recibido con el mas extraordinario entusiasmo. Toda la población salió á recibirlo para darle una prueba de su gratitud y de su admiración; él mismo no podia dominar la emo-

cion que experimentaba al verse acogido de aquel modo por una de las primeras ciudades del corazon de la Alemania, donde nunca habia creído que ondearian sus banderas. Las gracias de su persona y la afectuosa bondad con que recibia las demostraciones de júbilo de la multitud, acabaron de ganarle todos los corazones. Renovando de viva voz la alianza que habia formado con esta ciudad ántes de dejar las orillas del Belt, infundió á los magistrados y á los habitantes un valor heróico y les hizo comprender que era preciso evitar cualquiera mala inteligencia que pudiese turbar la union fraternal que reinaba entre ellos. Pocos dias despues de su partida de Nürenberg, apareció repentinamente delante de Donawerth, defendida por una numerosa guarnicion bávara. Maximiliano, duque de Sajonia Lauenburgo, que era el comandante de esta fortaleza, se lisongeaba de poder sostener el sitio hasta que el general Tilly llegase en su socorro. Pero los suecos atacaron con tanta impetuosidad, que á poco tiempo no le quedó otra esperanza de salvacion que emprender una retirada que tuvo la felicidad de efectuar en medio del fuego de las baterías enemigas. Despues de la toma de Donawerth, pasó el rey el Danubio y bien pronto no estuvo separado de la Baviera sino por el Lech, rio poco importante que no podia detenerlo mucho tiempo.

Lo inminente del peligro despertó la actividad de Maximiliano. Si hasta entónces parecia haber tenido empeño en expeditar á los suecos la entrada á sus Estados, repentinamente se mostró decidido á impedirles á cualquier precio el avanzar un paso mas. Tilly estableció su campo cerca de Rain, pequeña ciudad que era muy fuerte y estaba bañada por tres rios. Se rompieron todos los puentes y se pusieron numerosas guarniciones en todas las plazas fuertes situadas

en las orillas del Lech hasta Augsburgo; medida tanto mas importante, cuanto que ponía á esta ciudad en la imposibilidad de imitar el ejemplo de Francfort y de Nürenberg como habia manifestado el deseo de hacerlo; llevaron la desconfianza respecto de esta ciudad, hasta el punto de desarmar á los habitantes, porque no estaban seguros mas que de la guarnicion para defender una plaza de aquella magnitud. Por lo que respecta al elector Maximiliano, fué á encerrarse al campo de Tilly con las tropas que habia levantado á toda prisa, firmemente convencido de que este campo seria el escollo contra el cual se estrellaria la fortuna de Gustavo-Adolfo.

El rey de Suecia comenzó por apoderarse de una parte del territorio de Augsburgo, y solo despues de que hubo asegurado los víveres para su ejército fué cuando lo condujo frente al campo de los bávaros.

Era entónces el fin de Marzo, y la caída de las nieves acumuladas en las montañas del Tirol habia convertido al Lech en torrente furioso, que amenazaba con una muerte cierta al que audazmente se atreviese á desafiar las olas espumosas que se estrellaban con espantoso ruido contra sus orillas escarpadas, á la vez que por el lado opuesto los cañones enemigos mostraban sus mortíferas bocas. Si, á pesar de la doble resistencia que le oponian el agua y el fuego, el rey de Suecia lograba realizar un paso que parecia imposible, sus soldados debilitados por tantos esfuerzos hubieran sucumbido á los golpes del enemigo que los esperaba en la otra orilla. Por otra parte, en aquella crítica situacion, la mas insignificante derrota debia necesariamente causar la pérdida de todo el ejército, porque el mismo torrente que protegía á los bávaros, hacia imposible toda retirada. El consejo de guerra que habia reunido, hizo valer todos estos motivos para disuadirlo

de acometer una empresa tan peligrosa: y los mas ilustres generales envejecidos en el servicio de la Suecia no vacilaron en manifestar sus temores é inquietudes. El mismo Gustavo Horn, apoyó estos temores con toda la autoridad que le daban sus recientes victorias. La resolucion del rey fué inflexible. «Pues qué, exclamó, hemos atravesado el Báltico, ¿hemos pasado los rios mas grandes de la Alemania, ¿y nos detendriamos ante un miserable riachuelo?»

Habiendo ido él en persona y con peligro de su vida á reconocer el terreno, se convenció de que la desigualdad de altura de las dos orillas del Lech, daba á la artillería sueca una gran ventaja sobre la del enemigo.

Inmediatamente despues de haber hecho este descubrimiento, mandó colocar trece baterías en el parage en que la orilla izquierda se inclina hácia la orilla derecha: y mientras que el fuego cruzado é incesante de los setenta y dos cañones de estas baterías llevaban el hierro y la muerte al campo enemigo, sus soldados se ocupaban en construir un puente. La espesa humareda producida por los enormes montones de leña verde y de paja humedecida, reunidos é incendiados de intento, ocultaban á los trabajadores á la vista de los bávaros, mientras que las fuertes detonaciones de la artillería no permitian oír el ruido de las sierras y de los martillos. Para estimular y sostener el ardor de sus tropas, el mismo rey tomaba parte en sus fatigas; se le veia sin cesar en los puntos mas peligrosos, y mas de setenta cañones fueron dirigidos y disparados por sus propias manos. El enemigo procuró en vano desmontar las baterías suecas; estas eran superiores á las suyas no solamente por el número de sus cañones sino por la posicion que guardaban: porque colocadas en la parte mas elevada del Lech, dominaban todos sus reductos y los

trabajadores se encontraban cubiertos por un parapeto natural. Durante aquel terrible dia, Tilly hizo prodigios de valor, él mandó las tropas en persona y ninguna consideracion fué bastante para alejarlo de la orilla del rio, desde donde pudo al fin ver el puente que acababan de terminar. A su vista cundió el desaliento y el terror en todo el campamento bávaro. El anciano Tilly redobló su actividad y logró al fin encontrar la gloriosa muerte que sin duda habia ido á buscar á aquella orilla. Una bala de falconete le rompió un muslo, y casi al mismo tiempo uno de sus mas valientes compañeros de armas que estaba á su lado, el general Altringer, fué herido peligrosamente en la cabeza.

Privados de sus dos principales gefes, los bávaros abandonaron sus puntos, y Maximiliano no intentó detenerlos porque el moribundo Tilly se habia esforzado en hacerle comprender la inutilidad de la resistencia. Por el lado opuesto, Gustavo-Adolfo acababa de descubrir un punto vadeable por el cual inmediatamente hizo pasar todo su caballería. Esta última circunstancia triunfó de las vacilaciones del elector, quien abandonó en el acto un campo que no podia ya defender. Apénas hubo tocado el primer ginete sueco la orilla del Lech ocupada por el ejército bávaro, cuando este ejército, aprovechándose de la oscuridad de la noche que ya se acercaba, se retiró con tanto secreto como precipitacion y desorden. A la mañana siguiente al rayar el dia, Gustavo-Adolfo hizo pasar á todo su ejército: pero, ¿cual fué su admiracion al no encontrar un solo enemigo que procurara detenerlo! el campamento estaba enteramente desierto. Los trabajos interiores y todas las fortificaciones de este campamento que visitó con el mayor cuidado, lo llenaron de admiracion, pareciéndole inexplicable la fuga del elector. «Si yo me hubiera encon-

«trado en la posicion de este hombre, dijo, jamas habria «abandonado este punto, aun cuando una bala roja me hubie-
«ra arrancado las barbas de la cara.»

Desde aquel momento la Baviera se encontraba á merced de los suecos. Gustavo-Adolfo sometió á Augsburgo, y solo despues de haberse asegurado de la fidelidad de esta ciudad imperial, condujo á su ejército bajo los muros de Ingolstadt, á donde se habia refugiado Maximiliano y que se encontraba defendido por lo mas escogido de sus tropas. A aquella fortaleza habian trasportado tambien al moribundo Tilly y allí terminó su larga y tempestuosa carrera. Vencido por el génio superior y el carácter mas noble de Gustavo-Adolfo, parecia no haber llegado á la vejez sino para sentir el dolor de ver marchitarse uno por uno los laureles ensangrentados con que en otro tiempo se habia cubierto. Acaso esta terrible expiacion haya tenido bastante peso para inclinar la balanza de la justicia sobre los crímenes que mancharon su vida, y haya logrado sobre todo aplacar los manes irritados de Magdeburgo!

Con la muerte de Tilly el ejército imperial y el de la «Liga» perdieron á un general experimentado: la religion católica un partidario activo y constante y Maximiliano al mas fiel de sus servidores.

Animado por una seguridad belicosa que tantos triunfos hacian excusable, atacó Gustavo-Adolfo á Ingolstadt con la íntima conviccion de que pocas horas bastarian para apoderarse de ella; pero la solidez de sus murallas y la bravura de la guarnicion le opusieron tantos obstáculos, que hicieron creer á la Europa que habia al fin llegado el término que el destino habia fijado á sus conquistas. En una de las excursiones que hizo para reconocer la fortaleza, una bala de ca-

ñon de á veinticuatro mató á su caballo, mientras que otra heria de muerte á su lado á su jóven amigo el conde palatino de Baden. Al ver caer á su rey, los soldados lo creyeron muerto y prurumpieron en gritos de desesperacion; pero el intrépido Gustavo-Adolfo se levantó con precipitacion, tranquilizó á sus tropas dándoles las gracias por aquella prueba de afecto que acababan de darle, se hizo llevar otro caballo y continuó la penosa tarea que se habia impuesto.

Superando las angustias de la agonía, para no ocuparse mas que de los intereses de su amo, habia logrado Tilly poco antes de su muerte, persuadir á Maximiliano de la necesidad de asegurarse de la posesion de Ratisbona para poder continuar siendo dueño del Danubio y mantener comunicaciones fáciles con la Bohemia. Penetrado de la exactitud é importancia de este consejo, el elector habia conseguido sorprender á esta ciudad, y á la numerosa y valiente guarnicion que introdujo en ella, la habia obligado á unirse á su causa, aunque contra su voluntad.

Por su parte el rey de Suecia se habia lisonjeado de poder hacer de esta ciudad imperial y á la vez protestante una aliada tan fiel como lo eran Nüremberg, Augsburgo y Francfort. La rapidez con que el elector de Baviera se habia apoderado de ella, lo obligó á dejar para mas tarde la realizacion de un proyecto que era tan importante para él. Con el objeto de forzar á los bávaros á retirar una parte de sus tropas de Ratisbona y de las orillas del Danubio, levantó bruscamente el sitio de Ingolstadt, donde perdia inútilmente su tiempo y sus soldados, y avanzó hasta Munich. Mosburgo, Landshut y todo el arzobispado de Freisingen se sometieron sin ninguna resistencia porque no encontró ni un solo solda-

do que lo detuviera en su marcha. Pero si el país estaba sin defensa, el fanatismo religioso de los habitantes estaba excitado por el clero á tal punto, que en cada bávaro encontraba el rey un enemigo personal encarnizado.

El ver en su territorio á unos soldados que no creían en la infalibilidad del papa, era para los habitantes de la Baviera una calamidad tan inaudita como terrible, y para acabar de irritarlos les repetían sin cesar desde lo alto de los pulpitos y en los confesonarios, que esos soldados eran monstruos escapados del infierno: que su rey era el Ante-Cristo; y que era mostrarse impío el ejercer el mas ligero acto de humanidad con aquellos engendros de Satanás. Trastornados con estas insinuaciones, hicieron sufrir á cada sueco que caía en sus manos todos los tormentos que la crueldad mas refinada puede inventar. El aspecto que presentaban los cuerpos mutilados que sus compañeros de armas encontraban casi siempre, los hacia cometer represalias terribles, á pesar de las observaciones y prohibición expresa de Gustavo-Adolfo, quien en medio de estas escenas de horror conservó pura y sin mancha su reputación de héroe. En vez de creerse autorizado á maltratar á unos hombres que lo veían como el agente de Satanás, se esforzaba en probarles con su dulzura y moderación que conocía y practicaba mejor que ellos los preceptos del Evangelio.

La aproximación del rey de Suecia esparció la consternación y el terror en la capital. Esperando desarmarlo por medio de una sumisión voluntaria, envió á su encuentro una diputación que lo halló en Freisingen, donde humildemente puso á sus piés las llaves de Munich. La conducta feroz de los bávaros con sus soldados y el ódio que á él personalmente le profesaba el elector, hubieran podido autorizarlo á ejercer

el derecho de conquista en toda su extensión: sus mismos aliados alemanes lo conjuraban á que vengase las víctimas de Magdeburgo con la destrucción de la capital del soberano, cuyo generalísimo habia ordenado el saqueo de aquella desgraciada ciudad. El noble corazón de Gustavo-Adolfo se negó á acceder á un acto de venganza inútil y su justo resentimiento desapareció á la vista de un enemigo indefenso. Como vencedor humano y clemente, fué como verificó su entrada triunfal á Munich, á donde introdujo al mismo tiempo al palatino Federico V, á quien para esta ceremonia rodeó de toda la pompa y aparato de un gran soberano, como si hubiera querido probar á las habitantes que solo habia tomado las armas para obligar al elector á devolver á aquel desgraciado príncipe los Estados de que tan injustamente lo habia despojado.

Maximiliano habia tenido cuidado de hacer trasportar la mayor parte de sus tesoros al convento y á la fortaleza de Werfen: por lo mismo no encontró el rey de Suecia en Munich mas que un palacio al que faltaban la mayor parte de los objetos que constituían su principal adorno. La magnificencia del edificio lo llenó de sorpresa y de admiración, al extremo de informarse del nombre del arquitecto que lo habia construido. El intendente de los palacios que le enseñaba las habitaciones le aseguró que era el mismo elector. «Entonces, dijo el rey, desearia tener á mi servicio á este hábil arquitecto, lo mandaria á Stockolmo donde no le faltaria en que ocuparse.»

«El elector arquitecto sabrá cuidarse para no recibir ese honor,» replicó el intendente, y Gustavo-Adolfo se sonrió al oír esta respuesta atrevida.

El arsenal en el que esperaba encontrar una artillería considerable, no contenía mas que cureñas sin cañones. El rey que había ido en persona á visitarlo, se detuvo de repente, y fijando sus miradas en el pavimento, exclamó: «Vosotros, «los que reposais en el seno de la tierra, salid de entre los «muertos y compareced delante de vuestro juez.» Ordenó en seguida que levantasen las tablas que formaban el piso, y se descubrieron ciento cuarenta cañones de los que habían sido conquistados en Bohemia y en el Palatinado. Treinta mil ducados ocultos en la mayor de aquellas piezas acabaron de ponerlo de buen humor, porque si había sido advertido de la existencia de aquellas por un agente subalterno, estaba muy lejos de esperar que encontraría semejante tesoro.

Gustavo-Adolfo había penetrado hasta el corazón de la Baviera con el objeto de atraer á ella al ejército bávaro y debilitar las guarniciones de las orillas del Danubio y de Ratisbona, pero ni un soldado se presentó. Ni las vivas reclamaciones, ni las quejas de sus súbditos suplicándole que fuese á auxiliarlos, fueron suficientes para decidir á Maximiliano á exponer los restos de su poderoso ejército á las eventualidades de una batalla. Encerrado en Ratisbona procuró detener las operaciones del rey de Suecia, reanudando las antiguas negociaciones de neutralidad, que la Francia había protegido, esperando de esta manera ganar tiempo para ver llegar de la Bohemia los refuerzos que había pedido al duque de Friedland á quien Fernando acababa de nombrar general en jefe de su ejército. Este doble proyecto fracasó completamente, porque la experiencia había enseñado á Gustavo-Adolfo á desconfiar de los ofrecimientos del elector, y los retardos calculados de Wallenstein para socorrer á la Baviera, entregaron á este país á merced de los suecos.

Caminando de victoria en victoria, el héroe del Norte había llegado á un punto en el que no podía encontrar ya enemigos capaces de resistirle. Había dejado tras de sí, vencidas y subyugadas, una parte de la Baviera y de la Suavia, el Bajo Palatinado, todos los obispados de la Franconia y al arzobispado de Maguncia: la fortuna lo había conducido hasta la entrada de la monarquía austriaca, y justificado así la buena combinación del plan de operaciones que había formado después de la batalla de Leipzig. Si es verdad que no había logrado reunir en una misma alianza á todos los príncipes protestantes, había desarmado por lo ménos ó debilitado á los miembros de la «Liga católica,» había sostenido la guerra á sus expensas, disminuyendo los recursos del emperador, é infundido á los miembros de la Dieta el valor de manifestar en alta voz sus quejas contra el gefe del imperio: y entre tanto que su prudente política preparaba y obtenía todos estos felices resultados, su valor le había abierto las puertas de todas las ciudades imperiales cuya alianza le era tan útil cuando las circunstancias le impedían recurrir á la fuerza de las armas.

Sus conquistas en el Rhin habían puesto á los españoles en la imposibilidad de mezclarse en los asuntos de la Alemania, y reducido al duque de Lorena al estado de considerarse dichoso con haber obtenido el permiso de permanecer neutral. A pesar de los combates que había dado y de las numerosas guarniciones que había tenido necesidad de dejar para cuidar de la conservación de las plazas sometidas, su ejército, que se reforzaba sin cesar por medio de los alistamientos voluntarios, se encontraba en el fondo de la Baviera y próximo á invadir los Estados austriacos, mas fuerte y decidido que al comenzar la campaña.

La fortuna que tan fiel había sido al rey de Suecia, no se había mostrado menos favorable para su aliado el elector de Sajonia encargado de la conquista de la Bohemia. La primera ventaja personal que este príncipe obtuvo después de la victoria de Leipzig, fué la reconquista de la ciudad del mismo nombre. Poco después consiguió someter las guarniciones imperiales que ocupaban aquel distrito y que casi todas pasaron á su servicio. Engrosado con esta desercion, el feld-mariscal de Arnheim condujo al ejército sajón á la Lusacia. Pero ya había sido ocupada esta provincia por el general austriaco Rodolfo de Tiefenbach, quien bajo el pretexto de castigar á Juan Jorge por su alianza con Gustavo-Adolfo, había entrado en ella á fuego y sangre, había conquistado la mayor parte de las ciudades y esparcido el terror hasta las puertas de Dresden. Solo una orden expresa del emperador para que suspendiera toda hostilidad contra las provincias sajonas, pudo impedirle el sitiar á esta ciudad.

Fernando II se había convencido al fin de que al despreciar las justas reclamaciones de tan útil aliado, él mismo lo había obligado á arrojarse en los brazos del rey de Suecia. Su vanidad le hacía creer, que algunas ligeras concesiones bastarian para reparar el mal que su arrogancia é injusticia había causado. Con el fin de reconciliarse con el elector, había reclamado y obtenido la intervencion de la España, y como las negociaciones para conseguir este objeto no caminaban con la prisa que deseaba, se decidió á mandar al general Tiefenbach que abandonase el territorio sajón. Este paso solo sirvió para revelar á Juan Jorge la debilidad del emperador y afirmarlo en la resolucion de no ceder ninguna de las ventajas que la alianza de Gustavo-Adolfo le había procurado. Sabia por otra parte, que no podia sin deshonorarse á los ojos

del mundo; traicionar á un monarca á quien debía la conservacion de sus Estados y de su corona.

Después de la evacuacion de las tropas imperiales, nada impedía ya al ejército sajón el entrar en Bohemia, donde un concurso de circunstancias le proporcionaba fáciles triunfos. En este desgraciado reino, primer teatro de la guerra que había terminado por extenderse en toda la Alemania, el fuego ardía siempre bajo las cenizas mal apagadas, y los vencedores con sus vejaciones é insoportable tiranía parecían tener empeño en que estallase de nuevo. Los mas grandes dominios territoriales de que se había apoderado el fisco habían sido, unos dados por el emperador á sus partidarios católicos, y otros vendidos á vil precio á atrevidos aventureros que siempre saben explotar en su provecho las calamidades públicas.

Los vasallos hacían inútiles esfuerzos para sacudir el yugo de hierro de sus nuevos señores, porque los mas nobles defensores de las libertades de la Bohemia habían perecido en el cadalso ó arrastraban lejos de su país una vida llena de miseria, en tanto que los viles esclavos del despotismo imperial disipaban los bienes de que los habían despojado. Las persecuciones religiosas mas intolerables eran ejercidas contra la parte protestante, sin distincion de rango, sexo ó fortuna. Despreciando todos los peligros y sin hacer caso de las lecciones de la experiencia, el espíritu de proselitismo de los jesuitas no conocía freno alguno: en donde la persuasion quedaba sin efecto, se recurría á la fuerza de las armas para hacer volver las ovejas descarriadas al aprisco de la Iglesia romana. El valle de Joaquín, situado en las montañas que separan la Bohemia de la Misnia, se había convertido particularmente en el teatro de los mas crueles excesos que

puede cometer el fanatismo religioso. Dos jesuitas acompañados por dos comisarios imperiales y quince mosqueteros, penetraron en aquel apacible valle y se pusieron á predicar la religion católica á los hereges que lo habitaban. Para dar mas peso á las palabras de los misioneros, los comisarios imponian una fuerte multa á todos los que se negaban á ir á escucharlos, y los mosqueteros alojados en sus pobres habitaciones tenian la órden de *hacerlos entrar en razon por todos los medios posibles*. Se decretaron sentencias de muerte y de destierro, las que hubieran tenido su ejecucion, si los habitantes, exasperados hasta lo sumo, no hubieran expulsado del valle á sus opresores y logrado hacer comprender á Fernando II el peligro que existia en el *mandato* que autorizaba las conversiones por medio de la violencia. El mandato fué revocado; pero no por esto quedó menos expuesto el partido protestante á las vejaciones de los católicos que se podian atrever á todo, porque veian que en la corte de Viena su conducta bajo este punto de vista no podia encontrarse digna de censura.

Tal era el estado de la Bohemia en el momento en que entraron á ella las tropas sajonas: por lo mismo fueron acogidas con entusiasmo, y desde que se presentaban ante una plaza fuerte, las guarniciones imperiales la evacuaban sin intentar la mas leve resistencia. De esta manera se apoderaron los sajones de Schloeckenau, Tetschen, Ausig, Leutmeritz, y en todas partes las posesiones de los católicos fueron entregadas al saqueo. Estas represalias produjeron en ellos un terror pánico, y persuadidos de que no tenian otro medio de salvacion que la fuga, se refugiaron en Praga. Solamente entónces se decidió la corte de Viena á enviar tropas en auxilio de la Bohemia, pero ya estaban los sajones frente á los

muros de Praga, antes de que el general Tiefenbach que estaba estacionado en Silesia hubiera recibido la órden de ir á defender aquella ciudad. Lo débil de la guarnicion y las disposiciones hostiles de los protestantes, que formaban la mayoría de la poblacion de esta capital, hacian presumir que no se defenderian mucho tiempo. En esta extremidad, los católicos fundaron todas sus esperanzas en Wallenstein, que residia en Praga; pero el antiguo generalísimo no vió en el peligro que amenazaba la ciudad mas que un principio del triunfo que debia vengarle de su desgracia.

Si Praga no se encontraba en estado de sostener un largo sitio, la guarnicion por lo menos resistia al enemigo hasta la llegada del general Tiefenbach. El conde Muradas, coronel austriaco, estaba tan convencido de esta verdad, que ofreció encargarse de la defensa de la plaza, pero no teniendo mas poder que su fidelidad y su valor, no encontró quien le secundara. Se decidió al fin á reclamar el apoyo de Wallenstein, que si pronunciaba una sola palabra, esta palabra tendria en aquel momento la autoridad de una órden imperial, porque el cuerpo de generales recién llegado de Viena tenia órden de consultarle y ejecutar rigorosamente lo que dijese. Pero Wallenstein se negó á dar esos consejos al valiente Muradas y al cuerpo de generales, bajo el pretexto de que estando separado del servicio, no era mas que un simple particular, sin estar revestido con ningun grado que lo autorizara á presentarse otra vez en el teatro de la guerra. Para poner el colmo al desaliento del partido imperial, abandonó en el acto la ciudad con toda su corte, bien convencido de que nada tenia que temer de parte del enemigo. Tal vez lo han calumniado, acusándolo de haber llamado á los sajones á la Bohemia, pero en lo que no cabe duda es, que ellos no

entraron á Praga sino porque al dejar él esta ciudad tácitamente habia declarado que su pérdida era inevitable. La nobleza católica, los generales, el clero y los oficiales de la corona se apresuraron á imitar el ejémplo del duque de Friedland. Despues de emplear la noche en empaquetar todo lo que tenian de mas precioso, emprendieron la fuga y no se tranquilizaron de sus terrores, sino hasta que pudieron distinguir los campanarios de Viena. El mismo coronel Muradas á pesar de su valor salió de Praga con su pequeña tropa, la cual condujo á Thabor, resuelto á esperar allí el curso de los acontecimientos.

Al dia siguiente de esta retirada de todo el mundo, la calma y el silencio reinaban en la capital. Los sajones que se habian adelantado para atacar las murallas, las encontraron desiertas; ni un solo tiro de cañon partió de los fuertes, los habitantes salieron extra-muros, se agruparon al rededor de los sitiadores con una curiosidad llena de confianza y los informaron de que las autoridades y la guarnicion se habian retirado durante la noche. El general de Arnheim, que sabia que las tropas imperiales marchaban en socorro de Praga á marchas forzadas, miró estas revelaciones como un lazo que le tendian, redobló su vigilancia y no se atrevió á entrar á la ciudad acabada de abandonar. El mayordomo del duque de Friedland salió entónces de entre la multitud donde habia permanecido oculto, y declaró que todo lo que habien dicho los habitantes era de la mas exacta verdad. «Supuesto que podemos apoderarnos de la ciudad sin tirar un tiro, exclamó alegremente el general, aprovechémonos de esta fortuna.» E inmediatamente dió la órden de tomar posesion de ella. La resolucion de los habitantes estaba fijada de antemano, y se limitó á pedir que se respetasen su fortuna y

su vida. De Arnheim firmó esta capitulacion en nombre de su soberano; las puertas se abrieron para darle paso, y el 11 de noviembre de 1631 hizo su entrada solemne á la cabeza de sus tropas.

A poco se presentó el elector á recibir los homenajes de sus nuevos *protegidos*, porque solo con este título se habian sometido los habitantes de Praga, creyendo que con este nombre no rompian el lazo que los unia á la monarquía austriaca.

Los católicos tenian grandes temores de ser tratados con mucho rigor por los sajones, así es que quedaron agradablemente sorprendidos al ver su moderacion y buena conducta. El general de Arnheim puso mucho empeño en dar pruebas nada equívocas de su profundo respeto por el duque de Friedland; durante su marcha, ni una sola vez se habia permitido atravesar por las posesiones que le pertenecian, evitando por todos los medios posibles los inconvenientes de la guerra que pudieran perjudicarlo. En Praga colocó centinelas en todas las puertas del palacio del antiguo generalísimo, y amenazó con la pena de muerte al que se atreviese á sustraer de él el objeto mas insignificante. El culto católico continuó gozando de la libertad mas completa, y de todas las iglesias que habian sido quitado á los protestantes, solo cuatro les fueron devueltas. Sin embargo, esta tolerancia no podia extenderse hasta los jesuitas, que se habian atraído el ódio de la nacion entera, y por lo mismo, fueron desterrados del reino.

Aunque victorioso, Juan Jorge no olvidó el respeto debido al emperador, y no se permitió ninguna de aquellas humillaciones que Tilly ó Wallenstein le hubieran hecho sufrir sin escrúpulo, si el uno á el otro se hubieran encontrado en Dresden en la posicion en que él se hallaba en Praga.